

La educación en Rafael Moreno

Por *Mario MAGALLÓN ANAYA*

CCyDEL, Universidad Nacional Autónoma de México

REFLexionar sobre la filosofía de un sujeto en particular es incursionar filosóficamente en su forma de entender el mundo, la realidad humana y social. Rafael Moreno fue una personalidad cuyo peculiar modo de hacer filosofía constituye una incitación a pensar los problemas históricos y filosóficos con hondura.

Era frecuente que el maestro Moreno nos buscara para discutir un problema que en ese momento estaba investigando, o el pensamiento de tal o cual filósofo mexicano, o de un clásico latinoamericano o europeo. Su forma inquisitorial de interrogar, de obligarnos a pensar con él ciertos problemas, no siempre agradaba a muchos de sus interlocutores. La mayoría de las veces daba la impresión de estar examinándonos o probando nuestros conocimientos sobre un autor, un tema o un problema filosófico.

Aquellos que fuimos sus alumnos sabíamos que fue discípulo de grandes maestros, especialmente, de José Gaos, de Samuel Ramos, de Gabriel Méndez Plancarte. Estudió por cuenta propia a Caso, a Vasconcelos, a Zea, a los clásicos latinos y algunos escolásticos. Es precisamente José Gaos quien lo encamina a las preocupaciones por conocer nuestro pasado filosófico colonial, así como por el conocimiento de la historia social y política de México. Ya en 1948 Gaos¹ nos habla de Rafael Moreno y de Bernabé Navarro, como promesas en sus investigaciones sobre la filosofía colonial.

Moreno, al igual que Gaos y Zea, se opondrá a aquellos filósofos nacionales que sostienen una posición de carácter universal. Sus trabajos sobre la filosofía en México reafirman y demuestran que por método se puede ir de lo particular a lo universal, lo cual fortalece su confianza para hablar de la existencia de una "filosofía mexicana".

¹ Es necesario señalar, según comentarios de algunos de sus discípulos y discípulas, que Gaos, en su afán por rescatar lo propio, porque para él "lo propio era valioso", motivó a cada uno a realizar tareas concretas y bien determinadas sobre el pensamiento filosófico mexicano y latinoamericano, es decir, sobre la realidad latinoamericana toda.

Es decir, Moreno, al igual que sus maestros Ramos y Gaos, invierte la forma de entender la realidad social e histórica, ya que en sus reflexiones parte de principios particulares y busca establecer metódicamente una relación dialéctica con los universales, para buscar así alcanzar la universalidad, o por lo menos ésta debería ser la pretensión. Para él hablar de filosofía mexicana es reflexionar, parafraseando a Ramos, “sobre la filosofía universal hecha nuestra”.² Creía, como alguna vez señalara Gaos, que “el más particular de los principios puede convertirse en el más universal”. Sin entrar a discutir si esto es realmente válido, es posible apuntar que la reflexión filosófica del maestro Moreno la realiza a partir de estos supuestos. Es el apego (para decirlo con los clásicos latinos como Cicerón, Virgilio, Horacio, o con Campoy, Clavijero, Alzate, Bartolache etc., humanistas del siglo XVIII de la Nueva España, poetas y pensadores latinos y “mexicanos” que el maestro conoció y estudió) amoroso por lo propio, por lo mexicano y por el hombre.

La educación

AL lado de su preocupación por la filosofía mexicana y por los clásicos latinos, Moreno tiene otra profundamente arraigada, la de la educación, la educación de todos los mexicanos. En sus reflexiones filosóficas sobre la educación tiene presente y le sirve de guía el Artículo 3º Constitucional. En su amplio horizonte reflexivo incorpora la concepción de la *paideia* griega y la retrotrae a los principios filosóficos educativos de Justo Sierra, Caso, Vasconcelos, Ramos, Torres Bodet, Agustín Yáñez etc. Su concepción antropológica de educación plantea la necesidad de educar al ser humano de forma armónica e integral. Esa expresión griega, que en nuestro entender parece sonar a ligereza, a inocencia, a un ejercicio lúdico, en la medida en que *paideia* significa o guarda relación con las etapas de la vida del niño, del *pais*, con sus juegos, *paidia*. Empero, es mucho más que esta definición inmediata. Moreno concuerda con los griegos, cuando considera a la educación no como algo externo a la vida, inabarcable, fluyente y anárquico, pues la considera como una clara tendencia del espíritu hacia la aprehensión de las leyes de la realidad, que se manifiesta en todas

² Ramos lo dice así: “Entendemos por cultura mexicana la cultura universal hecha nuestra, que viva con nosotros, que sea capaz de expresar nuestra alma” (Ramos 1976: 95).

las esferas de la vida, como son el pensamiento, el lenguaje, la acción y todas las formas de arte, lo cual tiene su fundamento en esa estructura natural del ser humano, madura, original y orgánica.

Los griegos vieron que la educación debe ser un proceso de construcción consciente, “constituido en manos y en espíritu”, como reza el principio griego. Son expresiones del yo objetivo, antropológico, como de las leyes generales que determinan la “esencia humana”. Por ello, podemos decir, sin temor a equivocarnos, que para Moreno, al igual que para los griegos, la *paideia* no puede privilegiar el individualismo, sino el “humanismo”. Lo cual significa aquello que fue tan caro a los filósofos latinos como Varrón y Cicerón, aquello que viene o se deriva del término *humanitas*, que significa la educación del hombre de acuerdo con la verdadera forma humana, con su auténtico ser, como bien señalara Aulio Gelio. Para Moreno la educación está más allá de la mera formación o adiestramiento del hombre, va a la profundidad de su esencia; la educación es entendida como el medio para formar hombres virtuosos, es decir, aquellos que tienen *areté*.

La educación o *paideia* es concebida por Moreno, a la manera de Werner Jaeger (1968: 19), como una “función natural y universal de la comunidad humana”. La educación como una disciplina que ofrece al espíritu una imagen del hombre tal y como debe ser, o sea como aquello que lo forma y lo conforma. Es una concepción idealizada, contraria a las concepciones actuales del *homo economicus* o del *homo cyberneticus*.

En contra de la propensión actual de la escuela hacia la formación del *hombre productivo*, nuestro filósofo nos propone, a partir de Sierra, Caso, Vasconcelos y Torres Bodet, una educación fundada sobre las humanidades. Por ejemplo, con Vasconcelos señala la necesidad de apartarnos del pragmatismo irracional; con Antonio Caso asume y concibe a la educación como forma de cultura en contra de la técnica.

Moreno realiza un balance de las acciones y programas concretos sobre la educación nacional. Apunta que si se quiere contrastar la realidad educativa de la actualidad dentro de un mundo globalizado, con el Artículo 3º Constitucional y con los ideales propios de la educación, es necesario poner las ideas que alimenten la voluntad de hacer cosas en orden al cambio de la situación educativa. Advierte que los males de la educación de hoy de ningún modo llegaron para quedarse, “son males protegidos por la circunstancia histórica, eso denominado coyuntura”. Ante esta si-

tuación inevitable, “el principio de los principios los enunciaron los griegos con su *paideia*: el hombre y el país irán a la perfección o desarrollo (*areté*), que necesitan, si crean los ideales de la educación propia y adecuada; irán, por el contrario, al precipicio, si abandonan la búsqueda y la concordancia de los ideales con la vida” (Moreno 1995: 235). Este modo de enunciar los fines de la educación hace resonar en el horizonte los viejos principios de la *pedagogía social* de Juan Federico Herbart y del pensamiento pedagógico de Pestalozzi, así como los principios humanistas de Luis Vives.

Se opone a una educación que tenga por fin el desarrollo de la técnica y el productivismo postulados por el neoliberalismo y “su hijastra la globalización”. Para él esta forma de entender la educación pierde al hombre y lo que tiene de humano. Convencido de los efectos deshumanizadores de la competencia y del mercado, porque polarizan el crecimiento de pocos ricos y de muchos pobres, además de los costos sociales concretos, de los peores niveles salariales, del aumento del desempleo y de los bajos índices de bienestar y de protección social (*ibid.*).

La decisión de los políticos y de los economistas de implantar este proyecto educativo en nuestro país de ningún modo es benéfica. Una educación radicada en un pragmatismo que persigue preferentemente utilidades de bienestar, está destinada a formar un hombre que produzca esas utilidades. Esta educación es contraria a los principios establecidos en el Artículo 3º Constitucional, en la medida que atenta contra los derechos que tiene el ser humano para desarrollar todas sus potencialidades y donde sólo priva la formación de un sujeto de valores útiles, destacando la competitividad, la absorción, la innovación tecnológica, la eficiencia, en breve el mercado. No hay en esta educación, ni siquiera imaginada por los griegos, un malentendido o una inadvertencia, ya que la ejecuta una voluntad explícita por concebir y organizar precisamente tal educación, con omisión de una más amplia, como es aquella que considera que los seres humanos son y valen por sí mismos. Para surgir el laberinto donde lo humano total se pierde (*ibid.*: 236).

Moreno considera que el mercado y la competencia por sí mismos no son negativos ni tampoco nefastos para la humanización del hombre, son bienes ofrecidos por la tecnología los que, bien encauzados, pueden hacer crecer la humanización y el bienestar, lo cual no sucede hasta ahora. La economía y el mercado son váli-

dos en su orden y en sus propósitos, porque su condición como valores autónomos tiene sus propios fines, principios, medios, métodos y técnicas, los cuales persiguen fines opuestos a la humanización del hombre por la educación.

Con la globalización se expande la homogeneización de los productos y de las ideas fundamentales de la existencia y de los valores propios de ésta. Se trata de una conciencia planetaria sin contenido y de carácter privado. La globalización ha constituido un mundo angosto, pobre y perjudicial para el hombre.

Está a la vista que hasta ahora, a pesar de la presencia de la Internet, la aldea global no se define por la libertad y la democracia, la tolerancia y el convivir, los actos bondadosos y la vida moral, la familia y la patria. En pocas palabras, la aldea global no se construye para que el hombre se desarrolle específicamente como ser humano. Se construye para que sea el hombre consumista, el hombre ávido de tener y olvidado de ser, según la expresión feliz de Scheler (*ibid.*: 237).

Y de Fromm, agregaríamos. La globalización vino a desplazar, dicho en palabras de Alfonso Reyes, a la mundialización de la cultura. Economía, mercado y consumo no pueden estar fuera del todo axiológico humano, constituyen parte de un todo.

Alimentación y reproducción, relaciones y producción económicas, formas sociales y políticas, conocimiento científico, belleza, moralidad, democracia y libertad, felicidad, utilidad y bienestar, mundo religioso, progreso, constituyen el todo axiológico, el conjunto de ideales valiosos, sin el cual deja de haber vida verdaderamente humana. El hombre sólo es hombre cuando busca una totalidad valiosa (*ibid.*).

El *axios*, lo bueno moral, entendido como un todo integral del desarrollo humano a través de la educación, de la *paideia* griega, con su profundo sentido de lo humano, según Moreno, se pierde en el marasmo y las arenas movedizas e inciertas de la globalización.

Moreno plantea la necesidad de redefinir el proyecto educativo, de volver a la educación del sujeto, del hombre, donde las humanidades vuelvan a ser la parte consciente que permita crear conciencia para establecer el equilibrio entre la humanización del hombre y las relaciones con la tecnología, sin privilegiar a esta última sobre las primeras, como en la actualidad se presenta.

La filosofía de la educación de Moreno es, pues, un esfuerzo por formar a los miembros de la sociedad mexicana para cumplir con el modelo de hombre concebido a partir de nuestra historia nacional, de la historia educativa y de sus perspectivas. En este proceso de enseñanza-aprendizaje se da una relación entre educador y educando, entre lo enseñado y lo aprendido, entre la historia y el presente.

A Moreno el fenómeno educativo lo lleva a pensar sobre la crisis nacional, tanto en lo económico como en lo social y cultural, lo que lo lleva a concluir que ésta es consecuencia, en gran parte, de una crisis educativa. Atraso en lo educativo lleva implícito rezago social y económico. Por ello se requiere de un equilibrio entre los medios y los fines de la educación.

La propuesta de su filosofía de la educación está fundada en un humanismo que se acerca por las vertientes de la cultura patria, la cual debe buscar la formación de un hombre integral, educado en todas las virtudes del saber humano, desde el científico hasta el humanista, donde el espíritu crítico deberá ser una característica de la educación y el medio que propicie asumir actitudes con responsabilidad y libertad. Educarse es una forma de hacer historia, es una manera de hacerse y de ser en el tiempo como seres humanos, como mexicanos. Por lo tanto, “los pueblos que carecen de una imagen de su propia humanidad, o que no la refuerzan y la llevan a la plenitud, éstos también carecen de historia” (*ibid.*: 32). Lo cual lo lleva a insistir en los valores para humanizar a los mexicanos y éstos se inclinen por el amor patrio, hacia la solidaridad internacional, la justicia y la libertad. El criterio que deberá imperar en la educación es que contribuya a la mejor convivencia humana, fundado en los ideales de fraternidad e igualdad de los derechos de todos los hombres, “donde el hombre sea igual a otro hombre”.

Las bases de los ideales educativos de la filosofía de la educación de Moreno los funda en el Artículo 3º Constitucional y en su alcance universal, por ello escribe:

Los ideales educativos permiten al mexicano ser mexicano y, al mismo tiempo, una concreción del hombre como tal. Va, a manera de un uso de la vida, de sí mismo a los otros y de los otros a sí mismo. Mientras la nación adquiere [...] la capacidad para perfeccionar sus propios modos de ser para, sin pérdida de sí, practicar la asimilación de las obras de las demás naciones [...] La razón última de la educación consiste en hacer posible

que el pueblo mexicano sea él mismo al desarrollarse, pero también dentro del pueblo el individuo alcance su formación más completa. El alma de la educación tiene dos rostros: la persona y el pueblo. Por eso ella se constituye con los valores personales y con los valores sociales (*ibid.*: 35).

La educación superior

LAS características de la educación superior que plantea Rafael Moreno están constituidas por un modelo de hombre delineado a través del *deber ser* de la docencia y de la investigación, lo cual requiere definir la función que ha de cumplir toda el área del conocimiento como aquellos elementos fundantes de la existencia. Estas deben ser las funciones sustantivas de la universidad. La investigación tiene como función sustantiva abordar las problemáticas mediatas e inmediatas emergentes del entorno, bajo programas explícitamente establecidos; la docencia deberá considerar la problemática de la concreción desde el criterio de cada universitario.

La finalidad fundamental de la educación superior sólo se puede realizar si la universidad conserva, ejercita y defiende sus principios legados por la historia, forjados por la experiencia del hacer cotidiano. La universidad debe ser una “comunidad de cultura libre”, en torno a principios académicos del saber y de la cultura; donde la “libertad de pensamiento” deberá estar fundada en la libre elección del individuo de conocimientos humanísticos y científicos, como el derecho a ejercer la crítica sin menoscabo de su carácter universitario; libertad de acción, entendida como la capacidad crítica de los universitarios para adoptar las formas de gobierno y vida universitaria; autonomía regida por las libertades para realizar los fines sustantivos acordes con el Artículo 3º Constitucional, sin que por ello el Estado decida o determine los criterios rectores de la educación superior; respeto por la libertad de cátedra y de investigación, todo lo cual debe cristalizar en la elección libre de los conocimientos científicos y humanísticos, así como en la producción de los mismos; libertad para determinar sus planes de estudio; así como de fijar los términos de ingreso y permanencia del personal académico; administrar el patrimonio propio; respeto por la “pluralidad ideológica”, en cuanto alberga en su propio seno todas las corrientes de pensamiento y las tendencias de carácter científico y social, dentro de fines puramente académicos, dentro de la tolerancia y divergencia y de la libre expresión de las ideas; “compromiso social”, entendido como la respuesta a las

exigencias mediatas e inmediatas impuestas por la sociedad, buscando soluciones a partir de los valores y proyectos ya existentes, o creando nuevos para modelar una nueva finalidad; legalidad, la cual consiste en cumplir con los objetivos de la universidad bajo los lineamientos y las finalidades de la educación plasmados en la Constitución Mexicana y en la Legislación Universitaria. La función y la finalidad de la educación superior debe residir en formar hombres con valores humanos y conocedores de una técnica, bien pertrechados en los elementos culturales para crear y construir la cultura propia (Moreno 1989: 5-56).

Para Moreno hablar de la universidad mexicana significa tratar dos asuntos importantes; uno es de naturaleza especulativa: considerar si tenemos una concepción propia, que pueda llamarse en verdad mexicana, desde la cual podamos hablar de los problemas de la educación superior. El otro es de índole pragmática, mira a las interrogantes sobre cuestiones vivas, las cuales son o pueden ser formuladas por los padres de familia, por los profesores, por los estudiantes más alertas y por el mismo sector del gobierno.

Moreno en sus reflexiones sobre la universidad mexicana encuentra que entre ésta y la sociedad existe una gran tensión. Los problemas que aquejan a la educación obedecen a dos problemas gestados fuera de la universidad, pero que actúan sobre ella. De manera principal se presenta con el crecimiento explosivo de la población, la cual aumenta la demanda educativa; el otro, el desarrollo de los conocimientos, requiere urgentemente la renovación cultural de los profesores, de los investigadores y de los planes de estudio. La industrialización, así como la ampliación de los servicios en el país, demanda profesionales y científicos en mayor cantidad y con mejor calidad. El avance tecnológico y sus requerimientos, las tensas fuerzas sociales, políticas, económicas y morales, todas estas presiones exigen de la universidad nuevas formas educativas.

La educación superior en general, y la universidad en lo particular, requiere mejorar su calidad, lo cual a su vez implica excelencia académica y altos niveles en la docencia y en la investigación. Una calidad donde la enseñanza y la investigación proporcionen los elementos para el desarrollo de la persona y de la sociedad. Empero, nuestro filósofo está consciente de las limitaciones y alcances de la universidad mexicana. Lo cual le permite afirmar:

La universidad mexicana carece de perspectivas para crear centros de excelencia. El desafío, según lo vemos advertido y enfrentado por la UNAM, consiste en el hecho de que cada comunidad cobre conciencia de la necesidad, ya impostergable, de obrar con altos niveles en la enseñanza y en la investigación. A partir de allí la universidad mexicana participará con mayor medida en la solución de los problemas nacionales. El desafío es simple: o la universidad mexicana cumple bien su cometido o contradice las razones de su existencia, la realización de los fines sustanciales (Ayala Barrón *et al.* 1997: 151-152).

Por otro lado, para Moreno es necesario volver a los clásicos, rescatar ¿o resucitar? al sujeto y todo aquello que éste tiene de humano, a través del todo axiológico. En sus reflexiones filosóficas sobre los clásicos y los jóvenes de la actualidad, apunta que los frutos de la ciencia y la tecnología, del arte y del saber se han multiplicado. Empero, la vida, paradójicamente, se ha empobrecido. Así,

la razón nos trajo al mundo presente, pletórico de contradicciones, que no queremos ver. El conocimiento ha desembocado en la destrucción. El hombre se comporta como lobo del hombre y pone al servicio de la deshumanización sus progresos técnicos. Desgracia que consiste en que, con el milagro de la tecnología y de la ciencia, ha cumplido su sueño de ganar el mundo, a cambio de perder su alma. Humanamente el hombre es pobre porque no hay progreso moral y porque la civilización lo convierte en un ser fracasado. Los efectos de las ciudades que crecen, la miseria, la ignorancia, la población que salta las previsiones, la marginación del campo, el maquinismo, la enajenación de los medios de comunicación, la supremacía de los instintos, el consumo de recursos, la contaminación, la servidumbre que genera la producción, el predominio de la fuerza sobre la libertad, todo ello es fruto real del progreso querido y ansiado (*ibid.*: 40).

Estas palabras subrayan la necesidad de repensar la razón de la universidad mexicana a finales del siglo xx y en los inicios de la centuria que comienza. Lo cual lleva a interrogarnos: ¿hasta dónde la universidad mexicana es capaz de responder a los requerimientos de la sociedad mexicana? ¿Tiene ésta la capacidad para reformarse y responder a las nuevas necesidades científicas y tecnológicas que el país demanda dentro del nuevo entorno global? ¿Debe sacrificar su tradición e historia y su profundo valor humanístico, como “comunidad de cultura libre”, en pro de un productivismo de mercado y de consumo, que sacrifica la parte humana y social? ¿Cómo hacer compatibles esos principios en la formación

de nuestros egresados? ¿La universidad mexicana tendrá la capacidad para responder a estos retos?

El voto de Moreno es por la educación como medio para la formación del hombre y, parafraseando a Antonio Caso y a Pestalozzi, de la formación de un ser para la vida. Por principio entiende al hombre como proyecto, convencido de que somos aún capaces para realizarnos como seres humanos, adquiriendo nuestras propias dimensiones humanas y mejorando la vida y futuro de la nación. No obstante el horizonte nada esperanzador que vivimos, nuestro filósofo insiste en una educación para el hombre y el ciudadano. Nuestra obligación es, hoy más que nunca, “sembrar semillas de cultura, producir aspiraciones por saber y por instruirse en algo que beneficie a lo humano”.

BIBLIOGRAFÍA

- Ayala Barrón, Carlos, Eizayadé Moncada y Enrique Villarreal (1997), *Rafael Moreno y su filosofar sobre la educación mexicana*, México, UAS/UNAM.
- Faure, Edgar, Felipe Herrera et al. (1977), *Aprender a ser*, Madrid, Alianza/UNESCO.
- Gadamer, Hans-Georg (1993), *Elogio de la teoría: discursos y artículos*, Barcelona, Península.
- Gaos, José (1954), *Filosofía mexicana de nuestros días*, México, UNAM.
- (1980), *En torno a la filosofía mexicana*, México, Alianza Mexicana.
- (1990), *Pensamiento de lengua española: pensamiento español, Obras completas*, VI, México, UNAM (*Biblioteca mexicana*).
- Hegel, Georg (1983), *Introducción a la historia de la filosofía*, Madrid, Sarpe.
- Jaeger, Werner (1968), *Paideia: los ideales de la cultura griega*, México, FCE.
- Moreno, Rafael (1989), *La universidad de Antonio Caso: comunidad libre de cultura*, México, Jornadas de la Facultad de Filosofía y Letras/UNAM.
- (1994), “Cómo reflexionar sobre la identidad nacional”, *Anuario*, 1993, Seminario de Cultura Mexicana, pp. 193-216.
- (1995), “La reforma educativa frente a la globalización”, *Anuario*, 1995, Seminario de Cultura Mexicana, pp. 207-244.
- (1997), “Introducción”, en Horacio Cerutti Guldberg, *Hacia una metodología de la historia de las ideas (filosóficas) en América Latina*, México, CCYDEL-UNAM / Miguel Ángel Porrúa.
- (1999), *El humanismo mexicano: líneas y tendencias*, México, Facultad de Filosofía y Letras / Dirección General de Asuntos del Personal Académico / UNAM.

- Ramos, Samuel (1976), *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, Espasa Calpe Mexicana.
- Rescher, Nicholas (1995), *La lucha de los sistemas*, México, IIF/UNAM.
- Roig, Arturo Andrés (1981), *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, México, FCE (Col. *Tierra Firme*).
- Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, Madrid, Renacimiento s/f.
- Zea, Leopoldo (1993), *Filosofar a la altura del hombre: discrepar para comprender*, México, Cuadernos Americanos (*Cuadernos de Cuadernos*, 4).
- (1998), *Filosofar: a lo universal por lo profundo*, Santafé de Bogotá, Universidad Central (Col. *30 años*).